Soflamas gatunas

Eldrick Woods

Image not found.

Capítulo 1

Ha nacido una vocación□

Valía la pena esperar. El obelisco verduzco zozobraba al ser cargado cual menhir hasta la estancia principal. Aunque ellos ya se regocijaban yo solo lo encontré lícito después de la etapa final, consistente en abigarrarlo de una suerte de serpientes monocromáticas, ovillos resplandecientes, luces multicolores, y ornamentos que se tornaban ante mis ojos en un ágape improvisado. Una vez ésta tarea fue completada, bajaron la guardia para admirar la composición mientras la coronaban. Era mi momento, me agazapé, tracé tres rápidas zancadas y salté decidido, pero me repelieron. No me importó, mi instinto felino me decía que tendría más oportunidades a lo largo de esa semana.

Capítulo 2

Domésticos y callejeros

El día se desperezó lánguido, al compás de los copos de nieve que iban cubriendo los bajos de la casa, dibujándole un alzacuellos de virutas frías y caducas.

Me desperté del mismo ánimo que el día, complacido de dormir en mi cálida poltrona de exquisita confección, contorneada de flecos zurcidos a mano y bordada con motivos de congéneres en viajes oníricos que invitaban cada noche a un merecido sueño. Y más merecido aún en mi caso desde que trajeron aquel fastuoso regalo para los sentidos, vetado a miau, digo a muá, y que me impulsaba a trajinar en los fondos de mi imaginación la manera más sinuosa de conquistarlo.

Rezongué durante unos minutos más en mi lecho, y miré a mi leche, mansa en su plato y cuyo olor dulzón ya me imbuía de energía y me animaba en busca de una nueva oportunidad, pero cuya gélida temperatura, susurrada por mis fieles y numerosos delgados apéndices, me hacía rehuir el contacto con lo terreno y hendir mi pelaje en el de mi excelso camastro, atrapándome éste como cantos de sirena.

No, así no se alcanzaban las metas. El éxito y el éxtasis se me escabullirían entre las zarpas antes de catarlo si me dejaba llevar por la vida fácil de los domésticos. Casi envidiaba en ese aspecto a los callejeros, deambulantes pendencieros de barrio cuyas miradas me hacían viajar a lugares recónditos, fríos y solitarios de mi alma, pero que a la vez me descubrían el obligado coraje, la determinación y el apremio por permanecer con vida un día más, por maullar un día más, por copular un día más, por cazar un día más, por... en fin, por ser gato un día más.

Inflado de orgullo por demostrarme a mí mismo y a los callejeros que el confort, las caricias y los comidas aseguradas no me habían convertido en un conformista sin ambición, me erguí combando mi semanalmente lavado y perfumado lomo para dirigirme hacia el salón, en busca del perlado y luminiscente conjunto.

No pude más que vislumbrarlo a través de los cristales de las puertas cerradas que daban a los cuarenta metros cuadrados destinados a las reuniones nocturnas, una licenciosa estancia acogotada de dispares elementos decorativos en donde cada noche durante esa semana un alboroto de tintineos, burbujeos y lisonjas custodiaban el exquisito corolario situado en la esquina pegada a las cortinas. Solo cuando caía la noche las impenetrables maderas nobles se desgajaban de par en par,

invitando a satisfacer mis más pulsantes deseos.

Hasta la siguiente reunión nocturna quedaban aun horas de silencio monacal, y el tiempo, como si se hallase tan preso yo por del hipnótico caer de la nieve, transcurría más lento de lo que era habitual en cualquier otra época del año. Me encaramé al escabel situado al pie de la ventana baja del vestíbulo, y dejé transcurrir lo que quedaba de mañana sin más preocupación que descansar mis ojos en el desértico asfalto mientras me dejaba llegar el leve eco de una vida en bruto, presentida a través de retazos ajenos. Una letanía vital, mudable y persistente desfilaba cada día más allá del sobrecargado parterre de dafnes, pensamientos y prímulas, tan abstrusa a mi entendimiento como cautivadora.

Tubos de escape petardeantes, ráfagas de viento de fino ulular que arremolinaban las flores de los calicantos e introducían su fragancia a través de los quicios; campanadas redentoras; ladridos inubicables; maullidos más y menos amistosos; todos ellos lejanos, apagados. Como un soniquete constante y coordinado en su propio caos al que le ha sido extraído el significado individual de cada elemento, relegándolo a una mera función de relleno en mis horas de espera.

Ya me vencía el clásico sueño de los privilegiados que viven a techo cerrado y no necesitan calibrar momento y lugar para cerrar los ojos, cuando uno de los componentes del sonido de fondo que acompañaba mi tarde sobrepasó al resto. E indisoluble a este sonido, más ronco y decidido comparado con los emitidos por mí, lo acompañaba una figura borrosa y ondulante, obrando un bamboleo rítmico de los omoplatos, ligeramente parecido al que captaba en mis propios reflejos a lo largo de los cristales de la casa, pero definitivamente diferenciable. Marcaba una cadencia más atribulada y a la vez más cautelosa, propia de quien de continuo espera un mal sin nombre ni forma.

En el tiempo que tardé en salir del duermevela que me anestesiaba de la punta de la cola a las puntas de las orejas, la forma alcanzó mi ventana. Parada a escasos centímetros de mí, se le adivinaba una inquieta posesión de sus carnes, como alforjas precariamente selladas a los huesos, impedimentos ante una necesaria y rápida huida. Sus ojos anaranjados, danzarines recelosos, vibraban cual astro rey al mirarlo de frente. En un segundo recorrieron mi fofa figura así como lo que quedaba a su alcance tras la barrera de separación invisible, extendiéndose su visión hasta la escalera colmada de bodegones enmarcados en nogal y rubricados por una mano frágil y nudosa, ausente desde hacía años.

Sobresaltado, caí del escabel con ruido aparatoso, aunque alcanzando el suelo sobre mis cuatro patas, pues lo doméstico no ensombrece lo innato. Me quedé agazapado bajo la ventana, paralizado por un encuentro primerizo a tan escasa distancia que se había demorados demasiados años para asimilarlo de forma natural. ¿Era cierto lo que me decía a mí

mismo, que mi instantánea congoja era producto de la repentina cercanía de un callejero por primera vez? ¿no era simple y puro miedo de enfrentar a un ser respecto al que en mi fuero interno me consideraba inferior? ¿y es que, cuántas posibilidades de vencer abrigaba mi manso carácter y rollizo cuerpo, orondo de comida grasa, y cuyos laxos músculos se dolían con apenas intentar asaltar un par de veces la montaña de las luces? ¿dónde había quedado mi orgullo, aquel que me había hecho levantarme esa mañana con renovadas ansias de conquista?

Todas estas preguntas fileteaban mi cerebro recalentado por el sol de la tarde a través del cristal. Tras unos segundos de recogimiento en la fría y protectora sombra, recapacité sobre el verdadero grado de peligro que suponía la situación. ¡Ninguno! !Qué necio había sido! estaba a salvo de hipotéticas espurias intenciones provenientes de más allá del cristal. Entoné un maullido de alivio, que de estrafalario y sentido halló réplica humana en algún punto indeterminado de la casa.

Una vez recompuesto mi ánimo, asomé la cabeza en búsqueda del sibilino intruso. Cercené el espacio con ojos fieros, envalentonado de confianza y anticipando un duro, pero razonablemente seguro, intercambio de furibundas miradas. Un vano despliegue de intenciones por mi parte ya que, para decepción de mi recientemente adquirido rabioso instinto conflictivo, solo alcancé a ver un penacho de pelo grisáceo adherido a una cola sucia de corte vulgar, renqueante en su trote mientas se escondía al resguardo de la madreselva.

Ya fuera por falta de alicientes que me entretuviesen en las demás estancias de la casa, ya fuera por la sed de una *vendetta* no consumada, me quedé en el mismo receptáculo elevado por tres patas del que me había caído como sitio elegido para ver pasar la tarde, y con las mismas intenciones que había visto pasar la mañana, es decir, haciendo gala de mi portentosa capacidad felina para apañármelas en producir, realizar y planear absolutamente nada durante horas.

Esa tarde no hubo más distracciones que nutriesen mi jaleante espíritu de trifulca a parte una danza de gorriones, pizpiretas motas oscuras lanzando cabriolas en el aire en lo que entendí como pugna por una hembra. Aquella efímera y volátil escena me recordó esa parte de mi condición felina que de vez en cuando se me despertaba y me hacía entrecortar el maullido, fijar la mirada, y tensar el cuerpo, deseoso por proveerme de carne, sangre y muerte. Estos arrebatos, una vez transcurrido el detonante que los provocaba, solían quedar serenados por el recuerdo de una lata de comida, jugosa, sin plumas, y dócil en su paso del plato a la boca.

La noche, por fin, había caído, y la reunión en la sala de la montaña luminosa transcurría parecida a la última. Caótica, tanto en vaivenes entre estancias, como en un continuo peregrinaje hacia la resplandeciente

esquina que albergaba la mole de fastuosas proporciones. Un peregrinaje por parte de aquellos patanes perfumados y emperifollados de tul y pana cuyo objetivo era admirar la talla, el porte, y la originalidad del monumento, pero también la de elaborar cualquier comentario que permitiese retrasar la vuelta a la mesa de reunión, en donde otra montaña, de carne y parlante en este caso, clamaba un año más al cielo cargando los males de la sociedad a los malditos de nariz contundente y gusto por la comida kosher.

La escena era de lo más deprimente, pues a las consignas xenófobas que se repetían en un lado de la mesa le acompañaban alaridos dementes en otras partes de la misma, a menudo siendo proferidos al tiempo que se sujetaba con una mano un brebaje y se miraba a un punto inexacto de la pared, todo ello mientras rodeaban con un brazo al ser lamentable más próximo. Lo único que me causaba hondo desánimo entre aquella marabunta de desatinos dialécticos por parte de la montaña cárnica y los alaridos interrumpidos por eructos ebrios del resto era que todos, incluso las torpes criaturas de discurso ininteligible que empapaban sus baberos ceremoniales de punto, parecían tener bien aprendida la consigna de la semana: evitar mi acercamiento al ecléctico concierto de verdes, rojos, azules y todas las manifestaciones de la naturaleza que engalanaban aquel monumento al derroche.

Ronroneé entre piernas, lamí manos como si de visita papal se tratase y entoné los más sumisos maullidos. Todos esfuerzos inútiles, ya que en cuanto atisbaban en mis movimientos la codicia del fruto prohibido caía sobre mí una cascada de reprimendas -"gato malo! gato malo! fuera!"-, acompañada de aspavientos propios de un ser tarado.

Poco a poco se fueron apagando a mi alrededor los intercambios sonoros en la misma proporción que menguaban las masticaciones y los sorbos. Los torpes babeantes cabeceaban en los excesivos sofás de remates dieciochescos que flanqueaban el monolito de la felicidad, mi ansiada felicidad. El resto de los presentes a duras penas mantenían los ojos abiertos bajo la infinita perorata antisionista de la montaña cárnica, cuyos dientes limados por el bruxismo terminaban de componer una imagen casi más desoladora que la que me prometía infligir en mi involuntariamente postergado asalto.

Y cuando ya reinaba en la sagrada estancia casi el mismo silencio monacal de la tarde, capté en el ambiente la llegada del momento propicio para finalmente saciar la irrefrenable llamada de mis entrañas, la me incitaba a crear caos y, en general, a faltar a todas las normas de comportamiento que como gato doméstico se me presumían. Debido al destartalado desorden de sillas, coartando la vía directa a mi objetivo, no quedaba acceso posible a la única esquina que me interesaba en este mundo más que recorriendo alguno de los sofás a modo de puente, y a pesar de

hallarse ambos minados por larvas rellenas con comida no kosher.

Ascendí liviano al acolchado pasaje, conteniéndome los amagos de ataque a la prole mientras saltaba por encima de sus tensas camisitas. Desprendían nauseabundos olores, putrefactos efluvios casi neonatales mezclados indisolublemente a los emanados por los restos resecos de lo engullido, esparcidos cual disparo de perdigones entre las grasosas comisuras de sus labios y los sucios baberos. La promesa de un final apoteósico me mantenía cuerdo y centrado, al margen de aquel réquiem para mi pituitaria. Un paso más y estaría listo para la gloria.

El salto era inminente y mi cola caracoleaba libre, saboreando el momento. Pero mi desdichada existencia no parecía esa noche reconocer en la sublimación de los placeres terrenales un alma gemela. El silencio quedó raído por un tronar de narices, en el sentido literal, pues mi traicionera compañera, en su libertad de movimiento, había acariciado las indignas fosas nasales del último y maloliente cachalote en ciernes, provocándole tremenda evacuación de moco, acompañada de ruido y furia.

El repentino escándalo me hizo saltar como un resorte, en vertical y sin ganar terreno. No pude más que rozar con mi garra distal un granate ornamento antes de caer al mismo sitio donde me encontraba un segundo antes, pero esta vez con el pulso acelerado y el pelo erizado, tanto por todas las miradas mezcla de sorpresa y miedo, dirigidas en comunión hacia mí, como por la presencia pestilente que aullaba mi lado, desgañitándose cual gorrino en matanza.

Una vez más, como ya hiciese en el encuentro con el callejero, mi cuasi castrado instinto refulgió con más potencia de la que todos los presentes habían conseguido imbuir aquel año a la montaña de mi destino. Comandé un agudo bufido, que no hizo sino elevar el gruñido de piara del frenético subser aposentado a mi lado, al que se le unió un coro de igual sonoridad en ambos sofás.

El bufido que expelé me sobresaltó incluso a mí mismo. ¿Qué pretendía con el mismo? quizás una demostración de...¿qué? ¿de valentía ante la adversidad? ¿de raza? (¿y qué raza era esa en todo caso, si no era capaz de distinguirlas, y todos los gatos menos yo mismo me parecían iguales vistos desde lejos, bolas de pelo constreñidas, mugrientas y feas?), ¿tal vez el bufido respondiese a una demostración de odio primigenio a todos los presentes, un odio cuyo origen, si escarbaba un poco en el mismo, me sorprendía descubriendo que no provenía de su continuo rechazo a mi porfiado asalto a la montaña, sino del más puro desdén en tanto raza inferior suponían, destilado lento pero irremisible, y empeorado en varias magnitudes por el simple hecho de que ocuparan mi mismo espacio?

A la algarabía inicial, los bufidos, los gruñidos, y el efímero pero denso y profundo cuestionamiento interno de mi estallido gutural, se le sumó el crujir y rechinar de maderas Luis XVI que entrechocaban debido a la presteza con que sus usuarios se levantaban, ávidos por lanzarse hacia mí antes de que yo pudiera lanzarme hacia mi destino. Consideré, razón en mano, la retirada como la única opción que me permitiría disponer de otra oportunidad de victoria en el futuro.

Y ya en el momento de la acuciante retirada, catapultado por la sensatez, capté a través de la cristalera de la estancia que daba al exterior, y durante un solo instante tan fugaz como mi esperanza por triunfar aquella noche, una expresión de embeleso, de auténtica devoción. Una expresión que solo había visto una vez en mi vida, durante la primera noche que contemple al gigante de luz. Mientras lo interiorizaba en toda su grandeza durante aquel *tête à tête* de gala, me vi reflejado en diagonal en esa misma cristalera con borladas cortinas de hilo, entregando sin reservas mi alma al conjuro de luz desde aquel momento. Un alma, la mía, que se había revelado espontáneamente más devota que el alma de la conocida como "prima Dolores", regocijándose pía cuando sonaba el Ángelus durante esa semana, compungido el gesto y ávida de una entrega febril a su Señor.

Un semblante como el de detrás de la cristalera, que se entregaba con la mirada y en el que me había visto reconocido, no se fingía, no era fruto de un asombro momentáneo ante un casual juego de luces que se cruzaban en el propio camino y que quedaría olvidado una vez inmerso en el próximo festín de sobras rancias, o una vez entregado a cualquier cópula callejera con más riesgo que recompensa. Era una sincera muestra de reconocimiento de lo divino, de amor por aquella conífera ibérica a la que, incluso vestida de pies a cabeza con su traje de noche, se le adivinaba el verde intenso de las entrañas. Verde esperanza, como me dije a mí mismo aquella primera noche de consagración a la consecución de mi propósito, y como seguro se decía a sí misma aquella figura de incierta presencia en aquel mismo instante en que la vislumbré.

No me hacía falta preguntarle, ni trazar comunicación alguna con quien fuera que estuviera tras la cristalera, sabía que en aquel instante el ungido estaba recibiendo la impronta, cual ánsar al romper el cascarón y quedar inoculado de una dependencia más perenne que la pinaza del redentor de punta estrellada al que yo idolatraba.

La retirada fue un éxito. Enroscado ya en mi mullido reposo, comencé a deleitar mi mente con la proximidad alcanzada aquella noche, guarnecido y acurrucado por el silencio de tan preciada soledad. Ahí se erguía, tan cerca, representando una oda a la verdad y la virtud más perfecta que cualquier peregrino cántico que se escuchase durante aquellos días y que dejaban a los presentes sonrisas lobotomizadas. Casi podía tocarlo. No, casi no, lo había hecho durante un instante, demasiado efímero para jurar

que ocurrió, pero cuya trascendencia lo transformaba de efímero a efeméride. Había rozado su santo atuendo durante mi salto vertical.

El sueño en el que comencé a sumergirme discurría por una concatenación de imágenes de aspecto circense de las que emanaba una luz redentora, y que quedaban protagonizadas por la presencia del que nada pedía y todo daba a cambio. Ofreciéndose a mí en una conjunción de movimiento al tacto, sumisión, color, belleza, variedad, silencio, y la eterna durabilidad de aquella madera, barnizada con celo y parsimonia de relojero.

El sueño comenzó a ser muy profundo, repitiéndose de forma cíclica las cinco o seis estampas victoriosas que componían el desfile triunfal. En una de las vueltas al tambor del arma que disparaba aquellos arrebatos de interminable solaz, una de las imágenes marcó, para mi desconcierto, un paso cambiado. En ella veía el camino que el sofá de la estancia representaba hacia la montaña, pero aunque al igual que en las primeras veces la versión utópica mostraba el sofá sitiado por los ponzoñosos engendros durmientes, en esta nueva versión no era capaz de deslizarme entre ellos de forma fácil, como la mantequilla que les secuestraba las arterias. Todo lo contrario, me encontraba atrapado entre ellos y, a pesar de que parecía ir sorteándolos, no conseguía hacerlo más rápido de lo que engordaban, quedando engullido en un prolapso sebáceo inabarcable del que surgía un suplicante "miau".

Ya apenas podía llenar los pulmones de aire, y solo quedaba confiar en que las grasas que envolvían al primogénito le causaran un fallo multiorgánico, de manera que cayese fulminado del sofá, liberándome así de mi prisión. Pero el infeliz no se moría, y la masa informe seguía devorándome. Ante la falta inminente de aire, la visión de mi propio final me parecía tan insoportable que me decidí a cerrar los ojos. Y justo cuando empezaba a entrecerrarlos, asumiendo mi final de mártir, pude ver cómo aparecía tras la cristalera, de forma tan clara como el agua de mineralización débil vertida en mi plato a diario, la fugaz aparición captada en mi huida. ¡Ahora sí la reconocía! ¡Acababa de identificar a la figura que había tras la cristalera! ¡Era él, el intruso de la tarde! ¿cómo no lo identifiqué al verlo? ¿pudiera ser que la transmutación producida por el bautismo luminiscente hubiera desterrado de su rostro la expresión de incertidumbre, dolencia, y pillería de años siendo un callejero, sustituyéndola instantáneamente por otra radicalmente opuesta, la expresión de la beatitud hecha gato? Estaba seguro de que así era.

Y en ese instante lo comprendí, no era un intruso, era la respuesta a mis desvelos. Un nuevo hermano, recién entrado en la orden para hacerme compañía en el solitario viaje y que compartía mi secreta adulación por la deslumbrante paleta cromática. !Más brillante aun que el becerro de oro!, que hubiera dicho la prima Dolores, aunque ella lo diría con estupor, mientras a mí todo el brillo que emanaban las fragorosas ramas me alimentaban y paliaban mis noches sin recompensa.

Sentía la revelación marcando mi mente como por obra de un sello lacrado. Sería él, el advenedizo, quien me ayudaría y con quien saborearía las mieles del triunfo una vez nos hubiésemos conocido y trabado un plan. Mientras veía en mi sofocante sueño su rostro, arrobado de candor, y un instante antes de hundirme en la sebosa masa, entoné un último maullido al que asistieron en crear su eco las paredes de mi gatuna caseta, testigos inmediatos de mi atropellado despertar; pavor y desconcierto secundaron un espasmódico brinco, catapultándome fuera tanto del espacio que ocupaba mi cuerpo como mi mente.

El tacto de la cálida moqueta bajo mis patas trajo consigo la mansa vuelta de mis sentidos. A izquierda y derecha las ausencias del callejero y los orondos homicidas reafirmaban mi escapatoria de la sufrida ensoñación. A pesar de ello, una presencia a escasos pasos me recordaba que la realidad no tenía por qué ser menos desagradable. Ataviado con un pijama y sosteniendo un potingue humeante en la mano, uno de los habitantes que en la noche anterior más había berreado en arrebatos ebrios me sonreía ahora con la expresión más lela que jamás hubiera existido.